

# ÍNDICE

<b>Solo integral: el regocijo de una vida intensa</b>	12	<b>Fascinación por el solo integral</b>	105
<hr/>		<hr/>	
<b>En solitario y en los Alpes</b>	15	El comienzo de un largo camino	105
Los comienzos	15	Primeros solos integrales	119
La era después de Preuß	19	Solos alpinos	125
No del todo en solo integral y sin embargo loco	23	<i>Directísima</i>	131
<hr/>		El octavo grado	141
<b>California: El Dorado del solo integral</b>	30	Michael Meisl: <i>Opportunist</i>	143
El nacimiento del solo integral	30	Hasta el límite	144
John Long: la pura blasfemia	38	Dent du Géant	152
John Bachar: esperando a la sombra	44	Cada vez más alto, cada vez más difícil	167
Llegan las grandes paredes	50	Hansjörg Auer: la <i>Vía del Pez</i>	169
Peter Croft: volar por un instante	54	¿Adónde lleva el viaje?	174
<i>Separate Reality</i>	59	La historia de un encuentro especial	177
Wolfgang Güllich: otra realidad	61	<hr/>	
Nueva generación	66	<b>Glosario</b>	186
Un caso más difícil	71	<hr/>	
<hr/>		<b>Bibliografía</b>	187
<b>Escalada en solitario en Europa</b>	76	<hr/>	
Escalada deportiva difícil	76		
La respuesta francesa al solo integral	80		
Alain Robert: <i>La nuit du lézard</i>	85		
La Araña Humana	90		
Los Mallos de Riglos	94		
Carlos García: sueños de libertad	102		

arnés y un par de cintas. No es que me quisiera asegurar realmente con ellas, sino que me quería acercar poco a poco a saber qué se siente al estar colgado de una pared alpina sin llevar cuerda. Por todo ello, para mi primera vía en solitario de verdad quería llevar conmigo una reserva de emergencia. En el caso de que me entrara el canguelo, me aseguraría con un par de anillos y mosquetones, sólo para no caerme si me fallaban los nervios. Antes de caerme, prefería colgarme. Eso no tiene nada que ver con ser un gallina. Además qué importa: llegado el caso soy un cobarde y punto.

Tras un agotador turno de noche más en el que me arrancaron de la cama en tres ocasiones, pasé todavía otro día más en Karlstein, donde hice mis buenos diez largos de cuerda en solo integral, no difíciles, pero sí muchos metros. No se trataba de hacer una vía de envergadura en terreno alpino, sino del espolón *Rittler* del Bauernpredigstuhl, una vía clásica de quinto grado con un tramo corto de 6a+ poco antes de la cumbre. Y con los quintos y sextos yo a esas alturas ya no tenía problemas. Pero una vía alpina suponía cierto aumento de dificultad, pues en Karlstein me conocía todas las vías de memoria. Por contra, ya habían pasado cinco años desde que subiera el espolón *Rittler* y naturalmente no me acordaba nada de los movimientos particulares. A pesar de todo, no estaba demasiado nervioso.

La noche anterior tuve una guardia relativamente tranquila, con una última salida a las diez por un infarto, pero no muy grave. Eso era importante, pues si uno tiene que empezar con una reanimación a las diez de la noche, más vale que se olvide de escalar en solo integral al día siguiente. El resto de la noche fue tranquilo y a las seis de la mañana entró el turno de relevo.

Asciendo pensativo desde los prados alpinos de Wochenbrunner al circo de Kübel en dirección a Ellmauer Tor. ¿Cuántas veces habré hecho ya este camino? Es hermoso conocer sitios nuevos, pero la familiaridad con lo que se conoce desde hace tiempo es la base desde la que vivimos y desde la que podemos ponernos en marcha una y otra vez. Traspasar la línea imaginaria entre lo conocido y lo aún desconocido. La partida que le abrirá a uno un nuevo horizonte. Y eso es precisamente lo que sucede ahora. Aquí estoy yo, en mitad de las familiares montañas de mi entorno, en el Wilden Kaiser, donde pocas cosas

hay que no conozca. Conozco la montaña, la vía que quiero escalar. Así visto, tampoco encontraré hoy nada nuevo, y sin embargo para mí supone partir hacia un horizonte diferente. La diferencia radicará sobre todo en mi percepción. Esa cuerda de diez milímetros que para un escalador supone el mundo faltará hoy.

Todavía me muevo en terreno familiar, pero ya siento que me espera lo desconocido. Esta tensión, esta ansiedad que viene desde muy adentro es sobre todo una sensación desconcertante que me irrita el estómago y no me deja en paz. A pesar de todo, adoro esta impresión. La busco una y otra vez. Es ese reto sin el cual mi vida perdería la emoción.

Escalo, asciendo, vuelo. Tengo puesto el arnés, y los mosquetones y las cintas como reserva de emergencia. Casi ni soy consciente de que los llevo. Y es que lo que pasa hoy es perfecto. Una fusión con lo que hago. Me muevo como en si estuviera en un espacio temporal que yo mismo he creado entre los mundos. No es ningún espacio consistente, pero sí uno al que desde ahora podré acceder de manera repetida.

Con la cumbre alcanzo un clímax que sobrepasa todo lo que hasta la fecha he alcanzado en mi vida. No se trata de ningún 8b ni ningún ochomil, simplemente es una sensación. Una percepción de sentirse más cerca de uno mismo de lo que lo había estado en toda mi vida. Sé que debo avanzar por este camino. Todavía de manera más comprometida, más intensa.

## *Directísima*

En mitad de una pared levemente desplomada, en una posición expuesta. Las puntas de los dedos en dos presas pequeñas, dos apoyos mínimos para los pies, debajo 200 metros de vacío. Nada de arnés ni de cuerda. Nada que pudiera proteger de una caída. La vida pende literalmente de las puntas de los dedos.

Una situación que, incluso cuando únicamente se imagina, hace que cualquier persona sienta por lo general un escalofrío en la espalda. La visión de colgar de un abismo tan sólo de las puntas de los dedos provoca miedo. Nuestra aprensión por el vacío es instintiva, pues es algo profundamente enraizado en el ser humano. Nos encontramos



con abismos desde tiempos prehistóricos, y desde tiempos prehistóricos para nosotros abismo significa peligro. Por ese motivo, el miedo instintivo al vacío era y es algo existencial, un mecanismo más para asegurar la supervivencia de la especie. Sólo quien teme un peligro se comportará de la manera apropiada en cuanto a prudencia. El peligro permanece potencialmente presente, pero de él no surge ninguna amenaza real para la vida.

En una situación así el único seguro de vida son la destreza que se tenga escalando y la fuerza mental. No se admiten errores. Si la mente y el cuerpo no rinden al cien por cien, las consecuencias son mortales.

El mundo de la montaña está lleno de peligros. Si las personas tuviéramos un miedo permanente a perder la vida, de puro miedo dejaríamos de hacer las cosas que dan color a nuestra vida y hacen que merezca la pena. Escalar, esquiar, viajar... todo lleva asociado un riesgo. Incluso con una destreza y una concentración muy altas el riesgo nunca llega a desaparecer del todo, pero ese peligro residual es calculable mediante una evaluación cabal y competente de los factores de riesgo. Cuánto riesgo está dispuesto a aceptar cada individuo es, a fin de cuentas, cuestión de la naturaleza de cada uno. El reducido número de accidentes en la historia del solo integral en paredes y vías difíciles permite concluir, sin embargo, que son una minoría los que además de escalar así son unos auténticos temerarios.

En cualquier caso, son significativamente menos suicidas que los numerosos alpinistas que van al Everest y se piensan que por pagar 100.000 dólares se encuentran ya en el lado seguro. No es únicamente que casi todos los aspirantes a hacer cumbre sean unos completos inexpertos y no tengan ni idea de los complejos peligros que su adorada montaña les tiene preparados a modo de emboscada, sino que con cada metro de altura que ganan van perdiendo cada vez más la

---

El despiadado y vertical muro dolomítico de la pared norte de la Cima Grande de Lavaredo acoge una de las clásicas absolutas de la historia de la escalada. La *Directísima* (7b), abierta en 1958 por Dietrich Hasse, Lothar Brandler, Jörg Lehne y Sigi Löw, supuso en su época un hito y para mí un desafío por excelencia. Sin cuerda, sin arnés, sin ningún tipo de seguro, la *Directísima* se convirtió para mí en una verdadera actividad al límite.

